

**Adolfo Gilly**  
**Tesis**  
**sobre China**

---

1

En la rebelión de los estudiantes chinos durante la primavera de 1989 hicieron crisis por lo menos cuatro grandes transformaciones epocales iniciadas, determinadas o provocadas por la revolución y el Estado chinos:

a] Los comienzos del paso de una sociedad agraria tradicional a una sociedad industrial moderna y la transformación —a escala histórica, también apenas en sus inicios— de un creciente sector del campesinado en fuerza de trabajo asalariada en la industria, el comercio, la burocracia estatal y el ejército, con su consiguiente salida de la economía cerrada de autoconsumo y su incorporación a las relaciones mercantiles.

b] La disolución de las comunas rurales a partir de 1978 y el establecimiento del usufructo familiar de las parcelas campesinas, con la consiguiente enorme ampliación del mercado campesino, la diferenciación social interna en las aldeas, el aumento de las relaciones mercantiles en el país y la migración creciente de campesinos en busca de trabajo.

c] La reestructuración del sector industrial y comercial de la economía, cambiando en parte las anteriores condiciones y relaciones laborales en esos sectores y abriendo nuevos espacios de conflicto con los trabajadores que sufren esta reestructuración.

d] El desarrollo de una capa joven de intelectuales surgidos de las universidades y del desarrollo de la educación o que viven en el sistema educativo, nacidos después de la revolución y crecidos con sus propios estudios, experiencias y criterios, sin la antigua subordinación a los jefes históricos de la revolución. Los estudiantes aparecen como la representación colectiva y el sector más dinámico de esta intelectualidad, cuyo peso político es innecesario subrayar en una sociedad todavía preponderantemente agraria.

El dinamismo de estas cuatro transformaciones contrasta con la relativa inmovilidad que imprime al régimen político la existencia de un partido único de Estado y de una ideología oficial obligatoria para todos.

Las tres primeras de esas transformaciones, aun contando con el apoyo o la solicitud de sectores importantes de la sociedad y del Estado, tienden a aumentar la *inseguridad*

individual y familiar sobre el porvenir, en el mismo sentido en que el régimen del trabajo asalariado es el reino de la inseguridad del individuo. Los efectos de esos cambios, al mismo tiempo que concitan el apoyo de determinados sectores, promueven descontento y oposición crecientes en otros, creando las condiciones para diferenciaciones y enfrentamientos inéditos dentro de la sociedad posrevolucionaria. Esta situación nueva encuentra gran dificultad para ser asimilada y procesada dentro de un régimen político de partido único y de ideología única de Estado.

Estas tres transformaciones, además, estimulan el crecimiento de una red enorme y omnipresente de *economía informal* o subterránea, cuyos miembros están involucrados en un proceso ubicuo de acumulación originaria. Este proceso los enlaza, por un lado, con la corrupción generalizada engendrada por la conducción burocrática en una economía de escasez y, por el otro, con las ideologías pro-capitalistas que encuentran alimento y estímulo en esas condiciones objetivas y reciben el apoyo del mercado mundial.

La cuarta de estas transformaciones, tan dinámica como las anteriores, tiene otras características. Constituye una vía de relativa movilidad social y promueve la seguridad y la independencia de criterio tanto frente a la sociedad tradicional de la aldea agraria como frente a la ideología oficial del Estado. Las dos primeras transformaciones tienden a enviar individuos hacia este sector y a fortalecerlo. Pero la tercera, la reestructuración de la economía, conlleva una política de gastos del Estado menores y más selectivos en la educación y la universidad. Bloquea por consiguiente los recursos para el crecimiento de este sector y las expectativas de los estudiantes e intelectuales.

Genera así la protesta de un sector social moderno, dinámico, independiente y convencido de sus derechos frente al Estado y a su ideología y permite que se convierta, por esas razones y por su carácter eminentemente urbano, en un receptor, un portavoz y un representante de todas las protestas acumuladas en los restantes sectores sociales afectados por las transformaciones y por la crisis que las acompaña.

Al asumir esa función, los estudiantes recuperan un papel que la sociedad agraria puede reconocer en sus tradiciones y experiencias, el de la *intelligentsia* tradicional y el de los letrados de aldea. Esto puede contribuir a disminuir la separación que normalmente existe en China entre ellos, que tienen el privilegio de estudiar, y los trabajadores urbanos y campesinos. Por otro lado, al pertenecer una gran parte de los estudiantes a familias de los funcionarios del régimen, se convierten también en los receptores y transmisores de divisiones y crisis en las filas de la burocracia, que no tienen otra manera de expresarse públicamente.

Planteadas estas premisas, resulta indispensable ubicar la histórica crisis de la primavera

china de 1989 en el contexto de los cambios mucho más vastos que tienen lugar a través de la crisis en la economía y la política mundiales, y en particular en las sociedades y los Estados posrevolucionarios.

2

La crisis implica una reestructuración nacional e internacional de las relaciones entre los diferentes capitales, entre los diferentes sectores y ramas de la economía, entre las naciones y entre las clases. Desde el punto de vista del trabajo, esta reestructuración se presenta como una ofensiva generalizada del capital contra las conquistas y la organización previamente alcanzadas por los trabajadores. Si esto es así, la consecuencia necesaria es una reestructuración igualmente generalizada de los Estados y por lo tanto de la política de cada país.

La revolución microelectrónica, en la información y en las comunicaciones, facilita y acelera en la economía y en la política esta reestructuración del capital, de la economía y de las relaciones políticas consecuentes en cada sociedad nacional.

Ningún país escapa a estas denominaciones, en la medida en que ninguno está fuera de la economía mundial como sistema unificado.

3

La larga expansión económica de la posguerra, la crisis a partir de la mitad de los años setenta y la revolución microelectrónica han acelerado la internacionalización del capital y de los procesos productivos, la internacionalización de la circulación de las mercancías (incluida la fuerza de trabajo) y la extensión de las relaciones salariales. Es la más poderosa *secuencia histórica de disolución y destrucción* que las relaciones tradicionales de dependencia personal han sufrido hasta el presente.

Esas relaciones tradicionales, sin embargo, son todavía las predominantes entre la mayoría de los seres humanos, mucho más si se tiene en cuenta su persistencia en las tradiciones, las costumbres y la psicología individual y colectiva, y por lo tanto en las relaciones políticas (que van habitualmente a la zaga de las transformaciones en la economía), a través de las cuales se ejerce, se negocia o se media la dominación económica y social.

4

A la extensión y la profundidad de esta secuencia histórica han contribuido en medida muy grande las revoluciones anticapitalistas en los países predominantemente agrarios con sociedades arraigadas en relaciones tradicionales de dependencia personal (Rusia, Yugoslavia, Albania, China, Corea, Vietnam, Cuba). Esas revoluciones han cumplido (en todo o en parte) algunas de las tareas de la revolución burguesa: reforma agraria, independencia nacional, unidad estatal. No han establecido, al nivel de la política, un sistema republicano de derechos y garantías individuales amparado por la existencia de jueces independientes del poder político.

Los Estados surgidos de las revoluciones anticapitalistas han abordado, sobre aquellas bases, las tareas de la industrialización de sus economías, es decir, las tareas de la acumulación. Pero al realizarlas a partir del Estado (de la propiedad estatal de los medios de producción) y no del capital y de la competencia capitalista, es el Estado quien ha debido asumir *directamente y sin mediaciones* una función que en el capitalismo toca a la burguesía como clase dominante: *el disciplinamiento de la fuerza de trabajo para asegurar su productividad bajo las relaciones del salariado*.

Bajo la conducción y la política de la burocracia, ese Estado lo ha hecho con métodos no menos brutales que los empleados por el capitalismo, a menos que se quiera suponer que las leyes y códigos penales, las deportaciones masivas, las prisiones, los campos de trabajo y el régimen despótico en las empresas son un puro delirio irracional o un recurso contra oposiciones políticas ya antes silenciadas y aplastadas.

De este modo, es el Estado —y no la burguesía— quien se presenta como la contraparte o el antagonista de los trabajadores asalariados en la disputa por el precio de la fuerza de trabajo (en cualquier forma este precio se exprese). Es "el Estado burgués sin burguesía" de que hablaba Lenin. En esa disputa el Estado ocupa inevitablemente el lugar del capital, sin que por ello se lo pueda asimilar al capital. Por lo tanto, la disputa por el salario entre el Estado y los trabajadores asume ciertas características propias de la lucha entre capital y trabajo (a menos que supongamos, lo cual no es el caso, que en los Estados poscapitalistas la fuerza de trabajo ya no es una mercancía y la relación salarial ha dejado de ser una relación mercantil) y se combina con demandas políticas propias de la relación entre Estado y sociedad. El sindicato polaco Solidaridad es hasta ahora la más completa expresión de esta combinación; que se ha reproducido en las últimas huelgas de los mineros soviéticos.

Esta incorporación continua de trabajadores a las relaciones salariales, arrancándolos a las condiciones de las cerradas economías de autoconsumo, ha sido una de las más

formidables ampliaciones históricas del mercado y de las relaciones mercantiles en estos países, aun teniendo en cuenta que en la determinación del precio de la fuerza de trabajo el comprador es el Estado y en consecuencia otras consideraciones, en parte diferentes de las del capital, se agregan a la negociación de ese precio y a las formas específicas en que esa negociación tiene lugar.

Ese Estado tiene una ambivalencia intrínseca. Por un lado extrae producto excedente (explota) a sus trabajadores. Por el otro, compite en el mercado mundial, directa o indirectamente, como una "empresa nacional" (un capital) contraponiéndose a los demás capitales, pero asume esa función en representación del conjunto de la sociedad, jurídicamente dueña y usufructuaria de la "empresa nacional".

Si la realidad correspondiera a la ley, los trabajadores-ciudadanos de ese Estado tendrían el interés y los medios para regular su productividad, su producto excedente, su "explotación", y afirmar la posición de su "empresa nacional" en esa competencia. Como en la realidad la dirección de la empresa está en manos de la burocracia estatal, propiedad y usufructo están separados: la propiedad jurídica sigue correspondiendo a la sociedad pero el usufructo efectivo corresponde a la burocracia. Es ésta, como administradora y usufructuaria de la "empresa nacional", la que asume las funciones del capital frente a la fuerza de trabajo en el ámbito nacional y frente al capitalismo en el internacional.

## 5

Los Estados poscapitalistas han arrancado (y siguen haciéndolo) a una enorme y creciente masa humana a las relaciones económicas precapitalistas entretejidas en las relaciones de dependencia personal. Para quienes la sufren (la fuerza de trabajo que es convertida en asalariada) esa transformación se presenta como una violencia y un despojo. Siempre la han tratado de resistir acudiendo a sus antiguos lazos y relaciones de solidaridad tradicionales.

Para vencer esa resistencia, el capitalismo utiliza la coerción y la violencia del Estado y de la economía. El fracaso histórico, hasta hoy, de los Estados poscapitalistas es que no han logrado evitar esa violencia (según lo postulaban los populistas revolucionarios rusos) y no han encontrado la vía para transformar, sin antes aniquilarlas, *las antiguas solidaridades tradicionales de los oprimidos del antiguo régimen*, punto de apoyo indispensable de todas las revoluciones hasta ahora conocidas, en *la moderna solidaridad del trabajo*, único fundamento posible del socialismo.

En las revoluciones burguesas y los Estados capitalistas, aquella tarea histórica la

realizan la *burguesía* en el terreno económico y el *Estado* en lo político, instaurando una juridicidad (constituciones, códigos y leyes) y una institucionalidad que disuelven legalmente aquellas relaciones, aunque ellas puedan persistir largamente en las tradiciones, los usos, las costumbres y las relaciones sociales. Esta juridicidad favorece, ampara y hasta prepara la tarea disolvente del capital sobre las antiguas relaciones.

En las revoluciones anticapitalistas, el Estado posrevolucionario asume esa tarea tanto en el plano económico como en el político. Pero su juridicidad no es la del capital y la propiedad privada sino, al menos formalmente (y en las leyes las formalidades son importantes), la de los trabajadores y la propiedad colectiva social. Cumple entonces en nombre de los "trabajadores" y del "socialismo" esas funciones propias de la burguesía y de su Estado (separar a los productores de sus medios de producción y disolver las solidaridades tradicionales), al mismo tiempo que expropia a la burguesía de su poder y de su propiedad.

Como en estos países la solidaridad de los trabajadores tiene reconocimiento constitucional pero no poder político ni bases histórico-sociales suficientemente extendidas y arraigadas, aquellas tareas (burguesas y antiburguesas) las realiza la burocracia que detenta el poder del Estado sumando en un todo único los métodos de la acumulación originaria utilizados separadamente por el capital y por su Estado: la violencia económica y la violencia política.

Este tipo de Estado poscapitalista ha implicado un modo de dominación, ejercido políticamente por la burocracia estatal, que ha establecido (o restablecido) una fusión de los ámbitos de la economía y de la política, como en las sociedades tradicionales o de antiguo régimen. No lo ha hecho invocando una politicidad de los ciudadanos libres e iguales ante la ley, que es precisamente la que en la república burguesa separa ambos ámbitos. Lo ha hecho en nombre de la politicidad y de la legalidad de los "trabajadores" y del "socialismo". Pero entonces la burocracia, que oculta su identidad tras la categoría sociológicamente indiferenciada de "trabajadores", carga sobre los trabajadores y el socialismo, ante la sociedad y ante la historia, la responsabilidad por los métodos con los cuales ella ejerce esa dominación. "Socialismo" resulta asimilado a "dictadura del proletariado" y de ésta lo que queda en pie para todos cuantos la sufren, en primer lugar, el proletariado y los campesinos, es el término "dictadura". Es la dictadura económica y política del Estado y de sus administradores y usufructuarios, la burocracia, sobre el conjunto de la sociedad.

Esa falta de separación (o separación incompleta) entre economía y política implica para ese tipo de Estado (para ese modo de dominación) una peculiar condición de fragilidad,

pues una crisis social con raíces en la economía desemboca sin mediaciones en una crisis política y cada crisis política importante amenaza a su vez desembocar en una crisis del Estado (una crisis de dominación).

Al quedar la economía y la política integradas o incluidas dentro del Estado, que es el propietario y el patrón universal y se presenta además como el representante general de los trabajadores (en cuanto se declara "Estado socialista" o "Estado obrero"), desaparece el complejo sistema de mediaciones y fusibles que separan e interconectan ambos reinos. Entonces los riesgos de cortocircuitos e incendios se ven multiplicados. El Estado como modo de la dominación y el régimen político como conjunto de relaciones jurídicas y administrativas a través de las cuales esa dominación es ejercida y mediada, se confunden en una sola entidad. Quedan así en situación más directamente vulnerable frente a las crisis de la economía y de la sociedad.

Estas son razones por las cuales, independientemente de los programas previos de los partidos o de la voluntad de algunos de sus dirigentes, el régimen político de partido único de Estado se ha establecido regularmente como el correspondiente al ejercicio del poder posrevolucionario por una burocracia estatal-partidaria-militar.

6

La reestructuración capitalista en los países avanzados ha representado hasta ahora un debilitamiento en las posiciones y conquistas del trabajo asalariado frente al capital, no la derrota o la desaparición de esas posiciones y conquistas. El Welfare State como punto de equilibrio transitorio ("pacto social", en el sentido objetivo de la expresión), alcanzado entre los años 30 y los 50, ha sido restringido o diluido y la reestructuración capitalista ha logrado imponer entre los asalariados mismos una *nueva competencia* nacional e internacional.

El número de asalariados aumenta globalmente (no necesariamente el de obreros industriales, que puede disminuir), como ha ocurrido en cada una de las grandes transformaciones del capitalismo y por consiguiente de los trabajadores mismos (manufactura, gran industria, producción en serie, máquinas de control numérico, introducción generalizada de la microelectrónica). Pero la incorporación a los asalariados de nuevos sectores sin experiencia anterior como tales, determina un *aflojamiento* o dilución transitoria de su comprensión política y de su capacidad organizativa *en relación con su nuevo número total*, un correlativo *aumento*, también provisorio, de la competencia en su seno y un paralelo debilitamiento transitorio de la *solidaridad* entre los asalariados mismos.

Estamos en un clásico y tal vez prolongado punto de transición y transformación del cual saldrán nuevas relaciones globales, del mismo modo como las establecidas en los Welfare States surgieron de las revoluciones, la crisis y la guerra entre 1917 y 1945.

En cada uno de estos puntos históricos las expresiones concretas de la *solidaridad* anteriormente alcanzadas (sociedades mutuales, sindicatos de oficio, sindicatos de industria, confederaciones, partidos políticos, cláusulas contractuales o legales protectoras de la forma anterior de la relación laboral, etcétera) se debilitan, al mismo tiempo que, y precisamente porque, se amplían cualitativamente las bases para la aparición de nuevas formas organizativas de la solidaridad de los nuevos asalariados.

Pero para conquistarlas es preciso una vez más pasar por un debilitamiento, y en veces hasta destrucción, de las anteriores estructuras organizativas (no de sus experiencias, que se transmiten en formas específicas de la conciencia social y de clase) y por nuevos ciclos de grandes luchas y enfrentamientos sociales y políticos en los cuales son destruidas o abandonadas las anteriores formas de organización y son cambiados los marcos y las reglas precedentes del enfrentamiento/negociación entre las clases y sectores de clase. El proceso histórico-social necesario para que puedan adquirir conciencia de si mismas y expresarse con plenitud las nuevas fuerzas objetivas y subjetivas acumuladas por el trabajo en la sociedad moderna comienza en las luchas contra las consecuencias de la reestructuración y culmina en la reorganización de los antiguos y los nuevos trabajadores asalariados por los nuevos derechos y conquistas del trabajo en todos los terrenos.

7

En los países capitalistas semindustriales la crisis ha promovido transformaciones económicas y políticas tan vastas e importantes como las ejemplificadas por Corea del Sur, Taiwan, Filipinas, India, Irán, Chile, Brasil, Argentina, México. Particularmente en los países latinoamericanos con larga tradición de organización obrera la crisis, ruptura o caída del Welfare State ha dado variantes políticas enormemente disímiles, como lo atestigua la diversidad de los regímenes de gobierno (y las politicidades) de cada uno de esos países (variantes sobre las cuales resulta aparentemente fácil generalizar en lo económico y aún en lo social, pero sumamente aventurado hacerlo en lo político).

8

La economía mundial ha sido definida como un conjunto de economías capitalistas,

precapitalistas y poscapitalistas unificadas por el mercado mundial *capitalista*. Por consiguiente, esa transformación es mundial y está regulada por la competencia entre las diversas economías nacionales. La medida universal de esa competencia en el mercado mundial, como sistema general de relaciones mercantiles regidas por la ley del valor, está dada en definitiva por la *productividad del trabajo*.

Desde arriba: internacionalización del capital y de los procesos productivos y profundización del mercado por la revolución microelectrónica; y desde abajo: extensión y ampliación de las relaciones salariales junto con una nueva incorporación masiva de la población mundial a las relaciones mercantiles (cuyo sustento para la fuerza de trabajo es la relación salarial), todo lo que es precapitalista o espacio separado o estanco en la economía mundial *tiende* en este *proceso*, a perder fuerza, a retroceder. (Evidentemente, como en todo proceso, hay fuertes contratendencias pero aquélla es la tendencia dominante que da su color a la época.)

Dentro de este vasto proceso global es preciso ubicar la sucesión de crisis de la economía y la política *combinadas* en los Estados poscapitalistas.

9

El monopolio estatal del comercio exterior nunca ha separado a los países poscapitalistas de la economía mundial, sino que ha actuado como un filtro o barrera defensiva. Pero el crecimiento de las economías de los países, junto con la reducción de sus espacios económicos precapitalistas y la incesante ampliación de sus relaciones salariales, han aumentado cualitativamente su interrelación con el mercado mundial capitalista. Esas economías no están abiertas a la inversión de capitales. Pero en la medida en que la propiedad es del Estado y el Estado "pertenece" a la burocracia, ésta actúa frente al mercado mundial como un "capitalista colectivo" o como administrador de la "empresa nacional" obligado a competir en el plano mundial a través de la productividad del trabajo. La tecnología y la industria militares son un terreno donde esta competencia se expresa en forma concentrada e ineludible.

En el régimen del trabajo asalariado, la productividad es una función de la relación entre los propietarios de los medios de producción (capital o Estado) y los vendedores de la fuerza de trabajo, los modernos trabajadores asalariados. Entonces, la competencia por la productividad tiende a expresarse como competencia por una mayor extracción de producto excedente de estos trabajadores. Esto exige determinado disciplinamiento de la fuerza de trabajo a través de las leyes y la coerción estatal, la educación, la ideología, el mercado

(salario y ocupación) y la organización del trabajo (incluida su forma objetivada en las tecnologías) en la producción y en la sociedad. Esta última necesidad es la que, por ejemplo, expresaba Lenin en sus preocupaciones sobre la introducción de los métodos de Taylor en la Unión Soviética.

Existe una relación de interdependencia entre los regímenes de Welfare State en el capitalismo y los regímenes estatales poscapitalistas. En ambos se establece un "pacto social" objetivo (un determinado punto de equilibrio transitorio) entre el trabajo asalariado y el propietario de los medios de producción (capital o Estado). Ese equilibrio se expresa en determinadas normas jurídicas que regulan esas relaciones a través del Estado, pero también en las relaciones dentro del espacio fabril-productivo, en los sindicatos, en la política y en la cultura en cada sociedad nacional.

La forma específica de cada Welfare State es por supuesto un resultado de la economía, la política, la historia, la juridicidad y las relaciones *entre* las clases en cada país. Pero la generalización de esta forma estatal en los países capitalistas como salida de la crisis de los treinta y de la guerra de los cuarenta es un resultado global de esos procesos universalizados a través del mercado y de la competencia, así como de la generalización de las conquistas históricas y morales alcanzadas universalmente por el trabajo asalariado, por diferentes que sean los niveles por países y sociedades. Los estados poscapitalistas no sólo no escapan a esta universalización, sino que su surgimiento ha sido determinante tanto para que ella se produjera como para que esta forma estatal (en cuando "pacto social" objetivo) tomara cuerpo en los países capitalistas. El Welfare State, además de una salida capitalista de la crisis, es también una respuesta a las revoluciones anticapitalistas.

De este modo, el "pacto social" como punto de equilibrio en un periodo dado tiende a resultar tan global como el mercado mundial (con infinitas variantes y niveles dentro de cada marco político, social y cultural nacional).

10

A partir de la mitad de los años setenta y el comienzo de la crisis la ofensiva combinada del capital y del Estado ha cuestionado y en parte roto ese equilibrio en los países capitalistas industrializados y semindustrializados. Hay una crisis y un adelgazamiento (no una desaparición), en contra del trabajo, de las relaciones de fuerzas cristalizadas en los Welfare States.

El retroceso en las posiciones del trabajo asalariado en los países capitalistas avanzados ha debilitado indudablemente las posiciones globales de los asalariados en la economía mundial y en consecuencia ha repercutido con diferentes intensidades y formas, pero

inevitablemente, en cada una de las demás economías nacionales. Dicho de otro modo, el debilitamiento relativo del sector más fuerte de los trabajadores ha dejado a los más débiles mayormente expuestos a los golpes de la reestructuración, tanto a nivel nacional (mujeres, jóvenes, ancianos, inmigrantes, desocupados) como a nivel internacional (trabajadores de los países semindustrializados o de los países agrarios).

Por otra parte, la internacionalización del capital y de los procesos productivos y su aceleramiento por la extensión de las nuevas tecnologías permite al capital, mucho más que en el pasado, ir a buscar la fuerza de trabajo barata allí donde se encuentra. De este modo se internacionaliza la explotación de los trabajadores y la competencia entre éstos, mientras los trabajadores permanecen encerrados y separados dentro de las leyes, los mercados, las políticas, las ideologías y los Estados nacionales. Esta presión internacionalizadora en busca de mercados —entre ellos, el mercado de fuerza de trabajo barata— se está ejerciendo cada vez más, dentro de los marcos de la reestructuración mundial del capitalismo, sobre las fronteras y las economías de las sociedades poscapitalistas.

Dentro de este contexto es preciso ubicar, por ejemplo, las derrotas o los retrocesos de los trabajadores en los países latinoamericanos, aunque sus características específicas y sus salidas definitivas en cada país no estén predeterminadas y dependan en gran medida de factores y relaciones de fuerzas nacionales. Esto último puede comprobarse, por ejemplo, en las diferentes salidas políticas de las luchas de los trabajadores de Brasil y de Argentina en la segunda mitad de los años ochenta.

En este escenario de relaciones en constante transformación se ve obligada a competir la burocracia gobernante, administradora y usufructuaria del Estado de cada uno de los países poscapitalistas. Para esto tiene que obedecer a dos necesidades: una, cambiar ella misma desarrollando la capacidad nacional de innovar científica y tecnológicamente, no a cualquier ritmo sino al impuesto por las transformaciones de la economía mundial; la otra, imponer una nueva disciplina al trabajo asalariado.

"Glasnost" (transparencia) y "perestroika" (reestructuración) han sido denominadas en la Unión Soviética las políticas que responden respectivamente a cada una de las necesidades (aunque no sólo a ellas). La burocracia china las ha llamado "reformas" o "modernización". Pero por razones específicas de la economía, la historia, la politicidad y la sociedad chinas esa burocracia ha tenido mucho menos capacidad, experiencia y posibilidad para controlar el proceso y sus efectos que la burocracia soviética o las de algunos países de Europa oriental.

Para responder a esas exigencias del mercado mundial, las burocracias de los países poscapitalistas tienen, entonces, que romper desde el Estado —como á su modo Thatcher

en Gran Bretaña, Carter y Reagan en Estados Unidos, los militares en Brasil, Chile y Argentina o De la Madrid y Salinas en México— el equilibrio preexistente con los trabajadores asalariados y, a través de ellos, con el conjunto de la población. La apertura a la internacionalización del capital —a las inversiones extranjeras, la especulación financiera y la circulación sin fronteras de capitales— es también una presión permanente sobre aquellas economías, como lo ha sido sobre las economías de los países capitalistas semindustrializados y sus respectivos Estados. La inversión extranjera no sólo significa capital, sino también tecnología y organización del trabajo indispensables para la competencia por la productividad y para el nuevo disciplinamiento de la fuerza de trabajo asalariada.

En los países poscapitalistas, cada burocracia nacional tiene que enfrentar esta crisis y estos desafíos dentro de su marco económico, social y político históricamente determinado, dentro de sus relaciones internas y de sus relaciones con el conjunto de la sociedad.

La burocracia soviética ha tratado de combinar la reestructuración de la economía (y la búsqueda de *un nuevo disciplinamiento de la fuerza de trabajo*) o "perestroika", con las reformas políticas o "glasnost". El "glasnost" o comienzo de reforma política puede ser visto, en este contexto, como *un* marco político más adecuado en el cual se pueda por un lado abrir los indispensables espacios a la creación intelectual y científica y por el otro hallar los mecanismos de eventual consenso para negociar con los trabajadores un nuevo "pacto", un nuevo equilibrio, adecuado a los objetivos de la reestructuración económica o "perestroika" y sin poner en peligro el régimen político y el modo de dominación propios de la burocracia.

La burocracia china respondió a las mismas exigencias introduciendo en un vuelco violento, sobre una sociedad mucho más agraria y tradicional y menos industrial que la soviética, la reestructuración económica, los mecanismos del mercado y la entrada de capitales extranjeros, pero sin dejar un real espacio (salvo en declaraciones pasajeras luego retractadas) a un proceso de reforma política que tuviera una función similar a la de la "glasnost" en la Unión Soviética. En otras palabras, llevó adelante una "perestroika" (reestructuración de la economía) sin "glasnost" (reforma política). El resultado ha sido una sucesión de crisis en las cúpulas burocráticas en los últimos años, un creciente antagonismo entre la burocracia y la sociedad, y una serie de divisiones en el interior de la burocracia y en sus capas intermedias (de cuyas familias provienen gran parte de los estudiantes que se rebelaron entre abril y junio de 1989 en Beijing y otras ciudades).

Estas crisis combinadas desembocaron finalmente, a través de la rebelión estudiantil de la primavera de 1989, en lo que puede considerarse una *crisis de dominación*, la más grave

de las crisis políticas que pueden sacudir a un país y un Estado nacional. La respuesta del Estado —gobierno, ejército y partido unificados en un solo cuerpo— fue Tiananmen.

11

Esta ruptura desde el Estado del "pacto social" preexistente es vivida en todos los países por los trabajadores como una agresión contra sus derechos y conquistas. La resistencia se expresa o se organiza de manera diversa según cual sea la relación con ese Estado —el foco de la agresión reestructuradora— y la independencia organizativa alcanzada por los asalariados.

En los países capitalistas donde modo de dominación y régimen político aparecen diferenciados y no hay una fusión entre gobierno, partido y ejército, esa agresión económica (salarios y contratos), política (partidos), social (sindicatos), laboral (organización en la empresa), jurídica (legislación del trabajo) y cultural, se presenta diversificada, articulada y con protagonistas o representantes diferentes entre sí. Por otro lado la fluidez y la reestructuración del mercado de trabajo, así como de los oficios y profesiones, introduce un alto grado de competencia (flexibilidad) en el interior de las diversas categorías del trabajo asalariado. Es decir, en ambos frentes los sujetos se presentan elusivos y diversificados, con plena ventaja para quien tiene el poder del Estado, conduce la ofensiva y mantiene la iniciativa reestructuradora.

En las sociedades poscapitalistas gobierno, partido único y ejército constituyen una unidad indivisible y el todo se identifica con el Estado. La agresión contra el trabajo se presenta entonces personificada en un sujeto único, que además habla en nombre del trabajo pues se considera a sí mismo un "Estado de los trabajadores". La única politicidad reconocida es la que tiene lugar dentro del Estado, integrada a éste, en el partido de Estado. La única organización sindical reconocida es la de los sindicatos oficiales, también integrada en el Estado.

Pero si es ese Estado el que con sus medidas reestructuradoras de la economía rompe el equilibrio social preexistente (las condiciones globales en que los trabajadores venden su fuerza de trabajo), entonces es en su interior donde por fuerza tiene lugar la inevitable disputa por un nuevo equilibrio. Esto explica en gran parte la forma de *crisis política del régimen*, y aun de *crisis de la dominación*, hacia la cual se desliza en esas sociedades la *crisis social* de la reestructuración de la economía, que en las sociedades capitalistas tiene otras trayectorias, mediaciones y vicisitudes.

En los países capitalistas el equilibrio de fuerzas sociales que cristaliza en el Welfare

State aparece más como un contrato colectivo al nivel de la economía —un pacto entre sectores, un *New Deal*— que como un derecho constitucional al nivel de la política. En los Estados poscapitalistas el "pacto social" y los derechos y conquistas jurídicas de los trabajadores forman parte de la estructura misma del Estado, de sus fundamentos constitucionales antes que de sus normas legales. Son Estados fundados desde su origen en una juridicidad en la cual, abolida la propiedad privada de los medios de producción, la burocracia no puede decir su nombre. Su única y precaria manera de afirmar jurídicamente sus títulos y privilegios es la instauración constitucional del partido de Estado o partido único, donde está inscrita la nomenklatura como conjunto de individuos con derecho reconocido a participar en el poder del Estado.

En consecuencia, la agresión reestructuradora es vista o puede ser vivida por los trabajadores como *una ruptura de pactos fundadores del Estado*, lo cual contribuye a explicar la gravedad y la profundidad de las crisis de transformación de la economía y de la política que esos países viven y la imposibilidad de separar ambas crisis en ese tipo de Estados.

12

En China este conjunto de crisis se fueron acumulando y combinando de manera explosiva hasta estallar en la rebelión estudiantil por la democracia. Surgida como expresión de disenso dentro de los marcos de la legitimidad del régimen (empezó como reivindicación de la figura de un dirigente del Partido Comunista, Hu Yaobang), la movilización de los estudiantes los convirtió en los abanderados de todos los descontentos de la sociedad: los campesinos por los bajos precios de sus productos y los abusos del Estado como comprador; los obreros por los bajos salarios, los efectos de la reestructuración dentro y fuera de las empresas y los abusos del Estado patrón; los intelectuales por la caída de sus ingresos y la ausencia de libertad de pensamiento, investigación y expresión; los sectores intermedios de la burocracia afectados por la reestructuración y desplazados por los sectores en ascenso; los desocupados, marginales de las grandes ciudades y migrantes campesinos que no encuentran ubicación ni trabajo estables; y el conjunto de la sociedad afectado por la inflación y ofendido por los privilegios exorbitantes, el enriquecimiento privado y el nepotismo sin disimulos de la alta burocracia del partido, el gobierno y el ejército.

En esa acumulación de descontentos los estudiantes se convirtieron en el "intelectual colectivo", el Tercer Estado, los ciudadanos independientes que expresaron en su movi-

lización las quejas, la indignación y la ira de los más variados sectores de la sociedad contra el estado de cosas imperante.

Sin embargo, después de las movilizaciones de la primavera china y de su aplastamiento sangriento a partir del 4 de junio, no hay que subestimar la legitimidad que todavía pueden conservar el Partido Comunista Chino y su régimen en estratos vastos y profundos de la sociedad. A esa legitimidad apelaba la aparición de los viejos dirigentes, veteranos de la Larga Marcha y la Liberación de 1949, en apoyo de las medidas represivas ordenadas por Deng Xiaoping y Li Peng.

Esa dirección aparece ante la sociedad china como la que construyó un partido y un ejército durante décadas de guerra nacional y social, encabezó una revolución victoriosa y fundó un nuevo Estado. Bajo su conducción el pueblo chino derribó al capitalismo, a los señores feudales y a los señores de la guerra; expulsó al invasor japonés, derrotó a los ejércitos de Chiang Kaishek apoyados por Estados Unidos y logró la liberación nacional; unificó a China en un solo Estado y eliminó toda hipoteca, concesión u ocupación extranjera sobre su territorio, exaltando el orgullo nacional al ubicar a China entre las potencias más poderosas del mundo; entregó la tierra a los campesinos en propiedad individual o colectiva; extendió por todo el país la educación y la atención médica; construyó obras públicas sin precedentes en el país en tiempos recientes, desarrolló regiones atrasadas y promovió la industrialización.

Esa dirección se presenta ante la sociedad china como un despotismo ilustrado que realizó, en una sola época revolucionaria, lo que hicieron las revoluciones americana de 1776, francesa de 1789 y rusa de 1917.

Nada de lo anterior basta para avalar o justificar la dictadura, los privilegios y los crímenes —el último de ellos, la represión iniciada el 4 de junio de 1989— de esos dirigentes. Pero es imposible ignorarlo si se quiere comprender las reservas de legitimidad que todavía pueden conservar y las formas políticas que podrán tomar las siguientes luchas por la revolución democrática en la sociedad y el Estado chinos.

Como en cualquier revolución, el régimen gobernante instaurado en China a partir de 1949 no partió de cero. Heredó costumbres, tradiciones, hábitos sociales que no sólo no puede desarraigar, sino que por un lado tiene que utilizar para organizar al país y fundar su propia legitimidad y por el otro termina por adoptar, al menos en parte, adaptándose o asimilándose a esa herencia.

La revolución china, en su desarrollo específico bajo la dirección maoísta, no heredó tradiciones proletarias. Fue una inmensa rebelión y guerra campesina y nacional encabezada por los intelectuales del Partido Comunista Chino. En todo y por todo, la ideología y la práctica de Mao y de su partido corresponden mucho más a las del populismo revolucionario ruso que a las del socialismo marxista.

La dirección del Estado posrevolucionario chino heredó también las tradiciones administrativas de la burocracia imperial. Esas tradiciones no están arraigadas solamente en los antiguos dominadores barridos por la revolución, sino también, por necesidad, en los dominados que hicieron esa revolución. Aun suprimido el poder de esos antiguos señores, la aldea y los campesinos vuelven a proyectar y a engendrar una parte de esas relaciones de dominación/subordinación en los nuevos dirigentes, pues los modos de mandar terminan también por adaptarse a los modos de obedecer tradicionales. Ciertamente, éstos son quebrados o alterados en el curso de una revolución o de una guerra revolucionaria. Pero vuelven a resurgir, aun modificados, cuando el régimen posrevolucionario se estabiliza como una nueva dominación. *Doscientos años de revoluciones no registran una sola excepción a esta regla.*

Esto no implica negar los cambios ocurridos también a ese nivel profundo, pero sí constatar que son más lentos y prolongados que los bruscos cambios revolucionarios en la política. Menos aún implica una negación fatalista del significado que pueden tener una u otra política, estructura y dirección del Estado para retardar o acelerar esos cambios frente a la herencia conservadora legada por el antiguo régimen. Tal negación equivaldría a suprimir del análisis el entero reino de la política. En realidad, la visión *estatista* y *paternalista* del socialismo propia de la intelectualidad de las sociedades agrarias tiende a ver en el Estado y en su partido único, no en la sociedad, el foco y el agente del cambio revolucionario. Entonces no puede menos que recibir, preservar y reproducir, para los fines de su propia dominación en la sociedad posrevolucionaria, algunas de las tradiciones, usos y costumbres provenientes de los antiguos señores derribados y expropiados por la revolución.

Aun una inmensa revolución como la de 1949 que transformó completamente al país, no basta para desarraigar de un solo golpe las relaciones de dependencia personal en la vastedad del campo chino (donde vive todavía hoy el 80 por ciento de la población), porque están inscritas e impregnadas en las costumbres y los hábitos de la relación social. En el nuevo régimen se reciclan y reaparecen las redes tradicionales de dependencia mutua (familia, parentesco, clientela, aldea, región, lengua y costumbres locales), que no pueden ser suprimidas por decreto ni sustituidas de un día para otro por un sistema

universal de equivalentes como el que a la larga llega a crear la extensión del *mercado* y del *valor de cambio*.

Esto determina también que, aun alcanzada la unidad del Estado como conquista histórica de la nación, la descentralización de la economía y del poder por regiones conforme a los intereses de los jefes y señores locales siga siendo extensa y dominante. Sin tener en cuenta esa realidad y hacer las cuentas con ella a través de mediaciones, concesiones y negociaciones, el poder central del Estado chino no estaría en condiciones de gobernar al país. Los jefes locales del ejército y del partido heredan y asumen esas condiciones en sus personas y sus poderes, especialmente en un país donde el nuevo Estado no surgió de una insurrección urbana sino de una guerra revolucionaria campesina conducida por jefes político-militares con diversas bases regionales.

Su posición en el poder central y en los poderes regionales y locales como partido único hace que el Partido Comunista aparezca como la institución que a la vez encarna y unifica al Estado administrativa, militar, económica e ideológicamente. Su ideología tiene, como ideología de ese Estado, una función única e indispensable para la solidez del régimen. Puede compararse, a manera de ejemplo, con el modo como actuó la Iglesia Católica en el vasto Estado colonial español: hasta el último poblado de América Latina tiene un templo católico pequeño o grande, así como en China hasta en la última aldea hay un símbolo material ideológico y político del poder central y de la unidad nacional, un local del Partido Comunista chino.

Pero puede darse por seguro que así como la Iglesia Católica heredó y tuvo que asimilar los antiguos modos de subordinación y adoración a los viejos dioses, ese local del partido, como institución, símbolo y representación del poder del Estado hereda también los antiguos modos de gobernar y de ser gobernado, la politicidad tradicional específica de esa sociedad; y que el secretario local, tanto por su conveniencia personal como por necesidad objetiva, restablece sus propios lazos familiares y clientelares para afirmar su poder, del mismo modo como también lo hacen los otros dirigentes comunistas locales o regionales que aspiran a ocupar su lugar. No sería sorprendente comprobar que las disputas de legitimidad e ideología en esos niveles se encarnan en familias y redes de clientela familiar muy anteriores a la revolución y a la existencia misma del Partido Comunista Chino.

Ese mecanismo no puede dejar de reproducirse, más disfrazado y sofisticado, en las altas cumbres del gobierno, del partido y del ejército, como lo denunciaron los estudiantes en sus documentos y en su programa. Un régimen socialista democrático seguramente contrarrestaría y debilitaría el peso de esas tendencias heredadas del pasado: La dirección

burocrática, por el contrario, no puede sino adoptarlas y fortalecerlas para sus propios intereses particulares.

14

Con su reestructuración económica, pero también con su política estatal y militar, la burocracia dirigente del Estado chino ha establecido puentes y convergencias con los sectores del campo y de la ciudad interesados en la acumulación originaria, con las capas de la intelectualidad civil y militar también atraídas por la perspectiva de participar en esa acumulación, con el mercado mundial y el sistema financiero internacional y con los ejércitos de varios países capitalistas, Estados Unidos y Sudáfrica entre ellos.

Sin embargo, por importantes que sean esos lazos y la presión del mercado mundial capitalista sobre la economía china en vías de reestructuración, las *bases jurídicas del Estado* establecidas desde 1949 han abolido la propiedad privada de los medios de producción y las condiciones para la transformación de esa acumulación en capital. En China, como en cualquier otro Estado poscapitalista, no bastan la política de los dirigentes, la acumulación de riqueza privada individual o la presencia de inversiones extranjeras localizadas como concesiones específicas del Estado, para restablecer aquellas condiciones. Para ello haría falta cambiar de raíz esas bases jurídicas, a través de una contrarrevolución social y política en debida y completa forma. En más de siete décadas de revoluciones anticapitalistas no se registra aún un solo caso en que esa reversión o restauración, ante todo *jurídica* y luego económica y política, haya tenido lugar.

Nada en el programa, en la dinámica o en las formas de organización del movimiento estudiantil chino apuntaba, ni aun indirectamente, hacia esa restauración. Sus demandas democráticas, por el contrario, iban objetivamente dirigidas contra los métodos y la forma de gobierno propios de la dominación de la burocracia que han permitido y estimulado, fuera de todo control de la sociedad, esa *convergencia* con los intereses de la acumulación originaria en China y del capitalismo en el mercado mundial. Si algo va contra las fuerzas proclives a una restauración capitalista en China es precisamente la movilización de masas y las demandas democráticas encabezadas por el movimiento de los estudiantes.

Los estudiantes fueron afectados por la reestructuración, al igual que ciertos sectores urbanos y campesinos (no todos). Por su situación en la sociedad y por haber podido acumular experiencias anteriores, pudieron y supieron reaccionar como lo hicieron, mostrando notables capacidades tácticas y organizativas, y abanderar las exigencias

democráticas del conjunto de la sociedad.

Sin embargo, el sector social más directa, profunda y estructuralmente afectado por la naturaleza misma de la reestructuración —pues va dirigida contra ellos ante todo y sobre todo— son los trabajadores asalariados. Como en todas partes, aunque con rasgos diversos según los países y sus regímenes respectivos, lo que la reestructuración capitalista o burocrática de la economía pone en cuestión sustancialmente son los derechos de los asalariados, sus conquistas históricas en la economía, en la juridicidad, en la política, en la organización sindical, en la cultura y, finalmente, *en las relaciones de poder y normas de trabajo imperantes en el lugar de producción, núcleo celular de la dominación en todas partes donde existe el moderno trabajo asalariado.*

No por un destino histórico inmanente, sino por esa situación muy precisa y específica, son los trabajadores asalariados en su más amplio sentido (no solamente los obreros de industria) el núcleo duro de la resistencia a la reestructuración y de cualquier perspectiva de reorganización democrática de la sociedad sobre la base de las relaciones propias de la *solidaridad del trabajo* y no de las *del despotismo político* de la burocracia o las *del despotismo industrial* y la *competencia universal* del capital.

Pero una cosa es decir que lo son por su situación objetiva en la sociedad, y otra esperar o anunciar en cada crisis que una dirección de los trabajadores se presentará o será la única capaz de darle una salida. Esto último equivale a eliminar de la realidad todas las transiciones en la conciencia y todas las determinaciones históricas, nacionales, sociales y culturales que en cada país y cada periodo de una sociedad dada median entre lo que es posibilidad y lo que llega a ser realidad. Es evadirse de las dificultades y mediaciones de la organización y el desarrollo de una perspectiva en esa realidad y convertir el programa en dogma y el análisis en profecía.

Con su movilización concreta, y tratando de abrir camino para el movimiento utilizando las contradicciones, divisiones y crisis en la burocracia misma, los estudiantes chinos plantearon ante su país y ante el mundo el primero y el más universal de los requisitos para que esa resistencia objetiva de los trabajadores pueda organizarse autónomamente y con su propio programa en las sociedades poscapitalistas: *la democracia política, el fin del régimen de partido de Estado, las garantías y libertades individuales, el derecho de organización sin restricciones, el reconocimiento de las organizaciones sociales y políticas independientes del Estado y de su partido, la guerra a la corrupción, a los privilegios, al nepotismo y a todas las lacras y relaciones clientelares de la vieja sociedad recuperadas y renovadas ponla política y la economía de la burocracia.*

La represión del régimen correspondió a la magnitud de la amenaza que sintió sobre

sus condiciones mismas de existencia, pero también a la gravedad de las divisiones en su propio seno. La masacre de Tiananmen, cuando el movimiento estudiantil ya había pasado su momento de auge, fue para escarmentar a la sociedad entera y para intimidar y unificar a la burocracia, dividida y en parte paralizada durante la crisis, castigando cualquier veleidad de introducir a las movilizaciones estudiantiles u otras en disputas internas del poder.

Con todo su heroísmo, su capacidad de autorganización, su frescura y su incalculable importancia histórica, la rebelión estudiantil de la primavera china no puede sin embargo tener una inmediata continuidad organizativa en el conjunto de la sociedad. Evidentemente, los controles policiales y militares de la burocracia han sufrido relajamientos y muchas rebeldías y resistencias pueden seguir viviendo en los intersticios de esa sociedad. Pero desde el poder la burocracia buscará hacer concesiones a algunos sectores, reprimir selectivamente a otros, permitir o tolerar un afianzamiento de las redes clientelares a nivel regional y local para negociar con sus jefes y afirmar las relaciones con los sectores interesados en la acumulación originaria y con el capital internacional.

Para eso, y porque además no tiene otra, continuará con su política de reestructuración. Su grave problema es si, después del enorme costo de esta crisis y en la actual coyuntura internacional, esa política puede dar resultados económicos que le permitan hacer aquellas concesiones. De lo contrario, nuevas crisis dentro de la misma burocracia sucederán a la de esta primavera.

A un nivel más profundo esa política, al romper las anteriores relaciones y "pactos" con los trabajadores asalariados y al lanzar a nuevos sectores al mercado de trabajo, inexorablemente termina de erosionar la legitimidad de los sindicatos de Estado y está creando las condiciones que harán imprescindible y posible una nueva organización independiente de los asalariados, cualesquiera sean sus formas y sus demandas iniciales. Entre esas demandas, por la misma índole de las bases constitucionales del Estado posrevolucionario, no podrán dejar de aparecer las que se refieren a la autogestión de las empresas, la autorganización de los trabajadores y el autogobierno de la sociedad, como ya sucedió en algunas de las proclamas distribuidas durante la rebelión estudiantil.

Sin embargo, es imposible saltar etapas en la formación de la conciencia y sería aventurado y estéril predecir a través de qué luchas concretas ésta se organizará. Los estudiantes plantearon la primera de las condiciones: la democracia política la lucha antiburocrática. Es la mayor de las conquistas que en la conciencia de la sociedad ha dejado la primavera china, tanto en el programa como en los métodos.

La supresión violenta del movimiento no ha resuelto la crisis, Pero ha impedido que, por el momento, pueda expresarse en forma independiente del Estado. En consecuencia, siguen presentes las posibilidades de que vuelva a abrirse paso a través de las únicas formas permitidas de la política, el partido y el ejército. Es previsible que futuras tentativas independientes sean precedidas por crisis y divisiones en el interior de la burocracia y del ejército y no puede excluirse que, así como una de sus tendencias lanza sus puentes hacia el mercado mundial y el capitalismo, otra se haga eco, aun indirecto, de presiones y demandas de los asalariados, los intelectuales, los estudiantes y otros sectores interesados en la democratización de la sociedad. Incluso elementos de la burocracia interesados en la reestructuración pueden llegar a plantearse (como ya lo hicieron antes) que finalmente ésta es inviable sin un grado mínimo de concesiones democráticas.

La crisis, la reestructuración económica, la rebelión estudiantil y su represión sangrienta han abierto un periodo de inestabilidad prolongada en la sociedad y el Estado chinos, en sintonía e interinfluencia con las crisis y sacudimientos que atraviesan a las otras sociedades poscapitalistas. Un nuevo programa para los oprimidos, explotados y desposeídos de esas sociedades, una perspectiva de revolución democrática y socialista ligada a las movilizaciones y las nuevas demandas de la sociedad y los trabajadores que en el resto del mundo sufren los efectos y viven las consecuencias de la reestructuración y de las destrucciones del capitalismo, tendrá que ir conformándose y tomando formas organizativas en esas experiencias.

Los lazos de unión se ubican cuando menos en cuatro niveles conectados entre sí: las demandas *universales* del trabajo y sus solidaridades; la democracia y el autogobierno de la sociedad; la ecología y el desarme nuclear; las libertades y las igualdades (sexuales, raciales, nacionales, sociales). Esos lazos podrán materializarse y ser reconocidos en las luchas específicas a través de las cuales se van conformando en cada país la experiencia y la conciencia de la sociedad. Así lo dicen el eco, la simpatía y la conmoción con que fue recibida y vivida en todo el mundo la *rebelión democrática* de los estudiantes chinos.

[Julio de 1989]